

tarse como el sabio Leland, que lastimandose de la destruccion de las bibliotecas de los claustros, esclama con el dolor de Raquel llorando por sus hijos, que si se hubiesen arrebatado para proveer las tiendas de los drogueros y herbolarios las leyes, los decretos, las decretales, las clementinas de papas, y otros trastos semejantes, y aun los sofismas de Heytesburg, los universales de Porfiro, la lógica de Aristóteles, la teología de Dunse, y otros andrajos piojosos, perdone vm. del término, miss Wardour, pudiéramos consolarnos fácilmente. ¡Pero haber empleado á usos tan bajos y despreciables nuestras antiguas crónicas, nuestras interesantes historias, nuestros doctos comentarios, nuestros documentos naturales, ha sido degradar nuestra nacion, y deshonorarnos á los ojos de la posteridad hasta el fin de los siglos! ¡O negligencia la mas fatal á nuestro pais!

— ¡O John Knox! (1) dijo el baronet con tono algo irónico; ¡John Knox, bajo cuyos auspicios y por cuyo influjo se desempeñó tan patriótica empresa!

El anticuario, hallandose á corta diferencia

---

(1) El reformador de la Escocia, que representó el papel de un Erostrate protestante.

en la misma situacion de un cazador cogido en el lazo que acaba de tender, volvió la cabeza y se puso á toser para ocultar un ligero color encarnado que le sacó al rostro la vergüenza, mientras meditaba una respuesta adecuada. — En cuanto al apóstol de la reforma en Escocia....

Miss Wardour se dió prisa en interrumpir una conversacion que podia tener peligrosos resultados. — Digame vm., señor Oldbuck, ¿como se llama el autor que acaba vm. de nombrar?

— El sabio Leland, miss Wardour, que se volvió loco al ver la destruccion de las bibliotecas de los monasterios de Inglaterra.

— Acaso este infortunio ha conservado el juicio á algunos anticuarios modernos que se hubieran infaliblemente anegado en aquel vasto mar de ciencia, á no haberse disminuido su estension con algunos desecamientos.

— Pues bien, á Dios gracias, ya no hay peligro; todo lo mas que se nos ha dejado ha sido una pequeña taza para cometer este suicidio.

Diciendo esto, los hizo bajar de la montaña por una cuesta algo recta, pero no peligrosa, que los condujo al hermoso prado donde estaban las ruinas. — He aquí donde vivian, continuó, sin mas ocupacion que aclarar al-

gunos puntos dudosos de antigüedades, copiar manuscritos, y componer obras nuevas para la instruccion de la posteridad.

— Observando al mismo tiempo, añadió el baronet, los ritos de la religion con una pompa y un ceremonial dignos de su augusto ministerio.

— E si foecelencia querer permitirlo, dijo el Aleman inclinandose hasta el suelo, los cenopitas poder hacer entónces muy coriosas esperiencias en sus laporatorios, tanto en química como en *magia naturalis*.

— Pareceme, dijo el ministro, que tendrian bastante que hacer en recoger los diezmos de tres parroquias.

— Y todo esto, añadió miss Wardour mirando malignamente al anticuario, sin ser interrumpidos por ninguna clase de gente femenina.

— Ciertamente, mi hermosa enemiga, respondió Oldbuck, este era un paraiso donde no se admitia ninguna Eva; y por esto es mas estraño que los buenos padres pudiesen perderle.

Haciendo estas críticas observaciones relativas á los que habian antiguamente ocupado aquel augusto edificio, se paseáron algun tiempo en medio de las ruinas cubiertas de musgo, siempre dirigidos por Oldbuck, que

les detalló muy especiosamente el plan general de todo el convento, y les leyó y esplicó diversas inscripciones casi enteramente borradas, que apénas se distinguian en las losas sepulcrales, ó debajo de los nichos que habian contenido en otro tiempo estatuas de santos.

— No dejo de estrañar, dijo por fin miss Wardour al anticuario, que la tradicion nos haya transmitido tan pocas cosas relativamente á estos edificios magestuosos que tanto dinero han costado, que con tanto gusto se han construido, y cuyos propietarios eran en su tiempo personajes de la primera importancia, y gozaban de un poder y autoridad sumamente estensos, al paso que el mas humilde castillo de un baron vagamundo, del mas oscuro hidalgo espadachin, se encuentra con todos sus pelos y señales detallado en alguna leyenda, y el mas humilde pastor le referirá á vm. con exactitud los nombres y las hazañas de los que le habitáron por línea de sucesion. Pero haga vm. á un aldeano la mas sencilla pregunta sobre estas ruinas magníficas, sobre los restos de estas torres, de estas paredes, de estos claustros, de estas capillas, y todo lo que sacará vm. en limpio, será que los monjes lo mandáron edificar en otro tiempo.

Esta pregunta no dejaba de ser de difícil

respuesta. Sir Arthur alzó los ojos al cielo como si aguardase una inspiracion para contestar á ella. Oldbuck echó atrás un poco su peluca, para rascarse la frente. El ministro pensó que sus feligreses estaban demasiado convencidos de las verdades de la doctrina presbiteriana para conservar ningun recuerdo de los papistas que habian en otro tiempo infestado el pais, y que no eran mas que unos vástagos del grande árbol de iniquidad, cuyas raices penetran hasta las entrañas de los siete montes de abominacion.

Loveley creyó que el mejor medio de resolver la cuestion era examinar cuales son los acontecimientos que causan mas impresion en el ánimo del pueblo. — No son, dijo, los que se parecen á los progresos sucesivos de un río fertilizando las tierras que riega; son mas pronto los que participan del furor impetuoso de un torrente salido de madre. He aquí por que suelen datarse las épocas de una tempestad furiosa, de un terremoto, ó de una guerra civil. Ahora bien, si tales son los hechos que mas fácilmente se perpetuan en la memoria del pueblo, ¿debemos admirarnos de que tenga mas presente al guerrero feroz, y que deje sepultado en el olvido al pacífico sacerdote?

— Con fostro permiso, damas y capalleros, dijo Dousterswivel, é pidiendo homildemente

perdon á sir Arthur, á miss Wardour, á ese digno eclesiástico, á mon pon amigo Oldbuck, que ser mi compatriota, é á ese prafo jófen señor Lofel, mi creer que todo ser defido á la mano de gloria.

— ¿A la mano de que? exclamó el anticuario.

— A la mano de gloria, mein herr Oldbuck, que ser moy grande é moy terriple secreto, de que los monges se serfir antigamente por ocoltar los tesoros, cuando ellos ser arrojados de los claustros por lo que fostros llamar la reforma.

— ¡Holá! dijo Oldbuck, cuentenos vm. esto: tales secretos merecen ser conocidos.

— Fos querer reiros de mí, mein herr Oldbuck; ma la mano de gloria ser pastante conocida en el pais donde hafer fíido fostros dignos antepasados. Ser la mano cortada del cadafer de on hompre que hafer sido colgado por asesino, é pen delicatamente secada al homo de madera de enepro; é si meter on poco de lo que fostros llamar tejo, faler mocho mas, es decir, no faler peor. En seguida fos tomar on poco de grasa de oso, de zorra, de japalí, é de un mochacho que non hafer sido pautizado, esto ser moy esencial, é de todo hacer una fela é meterla en la mano de gloria en tal hora é tal minoto, é con las ceremonias

confenientes; entónces quien poscar los tesoros, non poder hallarlos.

— Tambien lo juraria yo, dijo el anticuario. ¿Y en Westfalia, señor Dousterswivel, suelen valerse de ese elegante candelabro?

— Siempre, mon pon señor, cuando fos querer que nadie hable de lo que fos hacer, é ser lo que los monges hafer siempre hecho cuando ellos ocoltar la plata de la iglesia, los calices, los anillos é las piedras preciosas.

— Sin embargo, ustedes los caballeros rosacruces tenian sin duda medios de romper el hechizo, y de descubrir lo que los pobres monges ocultaban con tanto trabajo.

— ¡ Ah! mein herr Oldenbuck, respondió el Aleman cabeceando con aire misterioso, fos tener malas tragaderas; ma si fos hafer fisto las pellas piezas de plata macizas, sir Arthur; tan pen trapajadas, miss Wardour; é la cruz de plata, fostra referencia, que nosotros hafer hallado Schroœpfer é yo, por mein herr Freygraff, paron Von Blunderhaus, mi creer firmemente que fos ser menos incrédolo.

— Ello es cierto que la vista es el primer elemento de la conviccion; pero ¿ como lo hizo vm? ¿ de que medios se valió?

— ¡ Ah! mon pon señor, esto ser mi secreto, mi propiedad. Fos me perdonar si non querer decirlo; solo poder asegurar que hafer medios

diversos. Por ejemplo, on soño que hacer tres ó quatro veces seguidas ser on medio excelente.

— Me alegro infinito, dijo Oldbuckechando una mirada á hurtadillas á Lovel; pues yo tengo un amigo muy favorecido en esta parte por Morfeo.

— Loego hafer simpatías é antipatías, las propiedades estrañas, las firtudes natorales de difersas plantas, é la farilla adifnatoria.

— Yo quisiera ver alguna de estas maravillas, en vez de oir hablar de ellas, dijo miss Wardour.

— ¡ Ah moy honoraple siñorita! non hafer aquí el tiempo ni los medios de descofrir los tesoros ocoltos de la iglesia; ma para complacerfos lo propio que á sir Arthur mi patrono, al referendo eclesiástico, al pon señor Oldenbuck, é al señor Lofel que ser on prafo é cortés capallero, mi hacer fer que ser posiple, mocho posiple de descofrir ona fonte, ona pequeña fonte ocolta en tierra, sin pala, sin azadon, é sin afrir el soelo.

— ¡ Oiga! dijo el anticuario, he oido hablar varias veces de esta suerte de juego de manos. A otro perro con ese hueso; aconsejo á vm. que se vaya con esas habilidades á España ó á Portugal, donde sin duda sacará mejor partido que aquí.

— ¡Oh! non, mon pon señor Oldenbuck, hafer allí l'Inquisicion é los autos de fé; mi non querer ser quemado como brojo, cuando no ser mas que filósofo.

— Si le quemaban en calidad de tal, dijo Oldbuck á Lovel en voz baja, seria gastar leña inútilmente; pero si le sacaban á la vergüenza, como al mas descarado bribon que haya gozado del don de la palabra, seria el castigo proporcionadísimo á su mérito. Pero vamos á ver, creo que va á hacernos alguna de las suyas.

Efectivamente el Aleman habia entrado en un bosquecillo poco distante de las ruinas, y estaba muy ocupado al parecer buscando una varilla que pudiese servir para la celebracion de sus misterios. Despues de haber cortado, examinado y desechado muchas, tomó por fin una de avellano que remataba en horquilla, la cual, segun dijo, poseia la virtud necesaria para la esperiencia que iba á hacer. Teniendo con las dos manos, entre un dedo y el pulgar, el cabo partido de la varilla, la mantuvo derecha, y recorrió con ella las ruinas, seguido del resto de la compañía.

— Estar por creer que non hafer agoa aquí, dijo despues de haber pasado por varias fábricas destruidas, sin observar ninguna señal de las que suponía aguardar; mi creer que

esos monges de Escocia hafer encontrado el agoa moy fria por el clima, é preferido el pon fino del Rin. ¡Ah, ah! fed ahora. — Y los espectadores viéron que la varilla daba vueltas entre sus dedos, aunque él aparentaba tenerla muy apretada. — Pen segoro, hafer agoa por estas inmediaciones. — Y volviendose á uno y á otro lado, segun parecia indicarle el movimiento de la varilla, llegó por fin en medio de lo que podia llamarse un aposento, pues se veia aun figurado por los restos de las paredes: era antiguamente la cocina del priorato. Allá la varilla se enroscó y torció de modo que parecia querer inclinarse casi directamente al suelo. — Ser aquí el logar, dijo el Aleman, si fosotros non encontrar agoa aquí, mi dar á todos el permiso de llamarme empostero é pripon.

— Yo me lo tomaré, tanto si se halla agua como si no, dijo el anticuario á Lovel.

Un criado, que habia seguido á nuestros curiosos llevando un ceston con bebidas y refrescos, fué enviado inmediatamente á casa de un leñador que vivia á corta distancia, para procurarse algunos trabajadores con palas y azadones. El mismo leñador se presentó con sus dos hijos; y cuando hubieron despejado cosa de dos piés de yesones y cascajos, se descubrió el agua con suma satisfaccion del filó-

sofo, grande sorpresa de las dos señoritas, del ministro, de sir Arthur y de Lovel, é imponderable confusion del anticuario. Este sin embargo no dejó de hacer al oido de su jóven amigo una protesta contra este milagro.— Todo esto no es mas que impostura, dijo; el bribon de un modo ú otro sabia ya la existencia de este antiguo pozo, y con tal certitud nos ha salido con esta especie de charlatanería mística. Oiga vm. ahora lo que va á decir; pues, ó yo me engaño mucho, ó esto no es mas que el prelude de algun engaño mas serio. Vea vm. que aire de importancia se da el bribon, cuan ufano se muestra por el buen éxito de su juego, y como el pobre sir Arthur se deja embaucar por el ridículo guirigay con que el charlatan sienta necedades como principios de ciencias ocultas.

— Ya fer, mon pon patrono, lo propio que fosotras mis pellas damas, é fos, digno doctor Plattergowl, é fosotros mismos señores Lofel é Oldenbuck, que el arte non tiene mas enemigo que la ignorancia. Al fer esta farilla de avelano, todos confenir en non ser pona para nada, solo por azotar á on mochacho.

— Si se tratase de tí, dijo entre dientes el anticuario, yo te prometo que preferiria un mango de escoba, item mas nueve correas de resistencia.

— ¡ Ma si ponerla en manos de un filósofo, paf!.... hacer loego el grande descoprimiento; ma todo esto non ser nada, sir Arthur: nada apsolotamente, mis amaples damas; nada, doctor Plattergowl; nada, señor Lofel; é nada, mein herr Oldenbuck, en comparacion de lo que el arte poder hacer. ¡ Ah! si yo encontrar on honfre de falor é resolucion, mi hacerle fer cosas pen mejores que el agoa; mi hacerle fer....

— Pero ¿ por todas estas lindas cosas necesitaria vm. dinero sin duda?

— ¡ Oh! ona pagatela, on nada, que non faler la pena de haplar.

— Ya me lo figuraba, replicó Oldbuck: en cuanto á mí, entretanto, sin varilla adivinatoria, haré ver á vms. un escelente pastel de venado y una botella del mejor Madera. Creo que toda la ciencia del señor Dousterswivel no podria ofrecer una cosa mejor.

Las provisiones fuéron sacadas á la vista *fronde super viridi*, como dijo el anticuario, debajo de las frondosas ramas de un roble antiguo, conocido por el *roble del prior*; y habiendose sentado todos en corro, honraron lindamente la comida campestre.